

gando los empleos elevados que hacía le ofreciese la admiración a su talento y virtud. «Viviendo solo, dice Fontaines, sin más testigo que Dios, que no le abandonaba nunca y a quien veía en todo.»

Racine, 1639-99.—Los jansenistas hacían el cargo a los jesuitas de introducir los teatros en los colegios, como medio de urbanidad; el arte del cómico penetró también, en efecto, en las casas en que se formaron Molière y Le Kain, como también en el convento de Saint-Cyran en el que Racine santificó la musa trágica. Pero habiendo denunciado Nicole en los *Visionarios* a los que escribían para el teatro, como «envenenadores públicos de las almas,» contestó Racine con cierta aspereza. Pronto, sin embargo, se arrepintió de ello, y no sólo se reconcilió con sus antiguos señores, sino que renunciando a trabajar para la escena, se dedicó a escribir la bella historia de Port-Royal, sin ver más que virtud en aquellos que otros nos pintan como orgullosos fanáticos (28). Pero *Esther* y *Atalia* encontraron con facilidad indulgencia en los corazones cuando el talento se veía precisado a admirar, y las magníficas escenas en que los terrores y seducciones del mundo ceden a la confianza absoluta en Dios triunfaron de la austeridad de los solitarios.

Dotado Racine de una alma estremadamente sensible, lloraba al ver doncellas tomar el velo; escribía a su hijo, hombre ya hecho, cartas de un afecto juvenil, atribuyendo sus felices viajes a las oraciones de la familia; y cuando una de sus hijas se hizo monja, Fenelon tuvo que sostenerle en el desconsuelo que sufría. Tan grande sensibilidad le espuso a muchas amarguras, y de ahí que trasmitiese a los suyos el espanto de la gloria literaria. Cuando Luis, su hijo, se dedicó a hacer versos le reprendió y encargó a Boileau le hiciese mudar de parecer. Tenemos una historia de Racine, escrita por este hijo, de una encantadora sencillez. Nunca su mujer, bondadosa en extremo, había leído un verso de aquellas tragedias que oía alabar a todo el mundo: «Recuerdo, dice Luis Racine, las procesiones que hacía cuando éramos niños; mis hermanos eran el clero, yo, el cura, y el autor de *Atalia* cantaba con nosotros y llevaba la cruz.»

Esta afectuosa sencillez hace sentir que Racine haya creído necesario ir a buscar un lustre prestado al punto donde todos se apresuraban a tomarlo, en la corte del señor. Le leía los autores, corrigiendo lo que encontraba anticuado; pero cuando tristes días amanecieron para la Francia, escribió una memoria sobre los medios de ayudar durante la escasez a los pobres de París. «Pues qué, exclamó

(28) Cada vez que moría alguno en Port-Royal, su nombre era anotado con elogio; colección singular de vidas edificantes, que con frecuencia recuerdan, con finas observaciones de carácter, que era el tiempo de Saint-Simon y de La Bruyère.»

mó el rey, ¿por qué hace buenos versos cree entender de todo? ¿Porque es poeta aspira a llegar a ser ministro?» y se separó de él. Desconsolado por haberle desagradado, pudo llegar hasta madama Maintenon que le prometió ayudarle; cuando se oyó el ruido de un coche: «¡Es el rey, es el rey; ocultaos!» y Racine tuvo que meterse en un rincón cuando llegó el rey, cuyo reinado había ilustrado. No resistió, sin embargo, mucho tiempo al pesar que le causó su desgracia.

Sin embargo, de Sacy reunía aun en derredor de Port-Royal des Champs, almas desengañadas que conocían la necesidad de la meditación y de la penitencia, corazones destrozados con el sufrimiento o llenos de los goces del orgullo. El príncipe de Conti reparó con buenas obras los males que había causado como rebelde. Madama de Longueville, violenta en la austeridad como lo había sido en los placeres, después de haber aceptado como una expiación el mal fin de sus hijos, buscó en aquel retiro las humildes esperanzas que un corazón contrito no pide en vano a la soledad, y quiso hasta ser edificante para la posteridad en sus *Cartas y Confesiones*. Las conversiones eran frecuentes en una época en que los estravíos procedían de los sentidos, y no eran el resultado de la frialdad filosófica ni de la orgullosa impiedad (29); así era que los literatos, los embajadores, los antiguos ministros refugiados en Port-Royal, introducían allí el brillo que las grandezas de la tierra comunican a la religión cuando se humillan ante ella. ¡Feliz la Iglesia, si en lugar de una rivalidad peligrosa, no hubiese visto nacer en su seno más que una noble emulación!

Pero el nuevo arzobispo de París, monseñor de Harlay, estaba avasallado al rey como Luis XIV a Mad. de Maintenon, que obedecía a los jesuitas. No tardó este prelado en inquietar a los solitarios en su tranquilo retiro, que les fué preciso abandonar y dispersarse sus discípulos. Vióse obligado Arnauld a ocultarse de las pesquisas de la policía, sin dejar por esto de combatir. Como Nicole, más afable y más pacífico, dijese que se encontraba cansado de aquella incesante guerra de pluma, y le precisase el deseo de descansar: «Pues qué, le dijo, ¿no

(29) No se puede olvidar, entre tantos otros, al señor de Rancé, hombre distinguido por su talento y sus bellos modales, amigo de placeres, y sin embargo, en relación con los solitarios. De repente se retira de la sociedad, renuncia a los placeres, hasta a los de la imaginación, y huye a los límites de la Normandía a la abadía de la Trapa de la orden de San Bernardo, arruinada y deshabitada entonces. Hizo resucitar aquella orden austera, con todos sus rigores: miserable alimento, severo ayuno, sin ropa blanca, un poco de paja por lecho, frecuentes disciplinazos, ocho horas de coro en alta voz y el resto del tiempo en un silencio inalterable, y un trabajo que debilitaba el cuerpo, era la regla de la orden. El señor de Rancé conservó, no obstante, un recuerdo afectuoso a los solitarios de Port-Royal, aunque al fin les pareciese que fueron olvidados.

teneis toda la eternidad para descansar?» En fin, habiéndose refugiado en los Países-Bajos, murió allí a la edad de ochenta y tres años.

La reputación de Arnauld fué grande hasta con los pontífices. Clemente X le pidió un ejemplar de sus obras; Inocencio XI le manifestó públicamente su estimación, y pensaba condecorarle con la púrpura si él no se hubiese opuesto. Alejandro VIII buscaba las ocasiones de concederle algún favor (30). Habiendo llegado a Roma la noticia de su muerte un día en que debía pronunciarse un solemne discurso en la Sapienza, el orador adoptó por texto el elogio de Arnauld, a quien proclamó superior a todos los escritores antiguos y modernos. Es cierto que no había pensado en separarse de la unidad católica. En sus *Consideraciones sobre los asuntos de la Iglesia en Francia*, estaba de acuerdo con Roma para oponerse a la declaración del clero francés. Pascal profesaba también la necesidad de permanecer unido al jefe de la Iglesia, sin el cual no podía vivir todo el cuerpo (31). Cuando los primeros jansenistas se resistieron a las decisiones del papa, sólo fué reservándose el derecho de interpretarlas con ciertas restricciones; les era, pues, preciso profesando tanto respeto a la Iglesia, mayor fuerza para luchar con ella.

Quesnel, 1634-1716.—Pero entonces Pascal Quesnel, afamado predicador, publicó las *Reflexiones morales sobre los Hechos y Epístolas de los Apóstoles*, y después la edición de Leon Magno: en la que manifestaba su oposición a Roma, sugiriendo resistir a las decisiones de la autoridad bajo el velo de la paciencia, y aludiendo a la persecución de entonces, al rey, al papa bajo nombres de personajes bíblicos. Consideróse esto como una recrudescencia del jansenismo, profesado siempre en secreto con la misma unión, y en su consecuencia volvieron a empezar las persecuciones. Quesnel tuvo que abandonar la Francia, y continuó en los

(30) Las autoridades se encuentran en Bayle, *ad vocem*. Arnauld se escusó del excesivo ardor que había empleado contra sus adversarios, en una disertación en la que demuestra con pasajes de la Escritura y de los Padres que es cosa lícita. Es de sentir que su ejemplo y las razones que deduce no hayan aun perdido su fuerza entre los teólogos y los metafísicos.

(31) La opinión de Pascal con respecto al papa, espuesta en uno de sus pensamientos, existe en su primera carta a la señorita de Ruanne, en que está mejor y más claramente espresada. «Alabo con todo mi corazón el celo que he visto en vuestra carta para la unión con el papa. Ni el cuerpo puede vivir sin la cabeza ni la cabeza sin el cuerpo; todo el que se separa de uno u otro, no pertenece a Jesucristo. No sé si hay personas en la Iglesia más afectas a esta unidad de cuerpo, que lo son los que llamáis anotados. Sabemos que todas las virtudes, el martirio, las austeridades, todas las buenas obras son inútiles fuera de la Iglesia y de la comunión del jefe de la Iglesia, que es el papa: no me separaré nunca de su comunión; al menos ruego a Dios me lo conceda, sin lo cual me vería perdido para siempre.»

Países-Bajos enseñando sus doctrinas como jefe de aquel partido. Preso y encerrado encontró medio de fugarse; fué excomulgado en Amsterdam por el arzobispo de Malinas; pero continuó sin cansarse hasta el momento en que murió octogenario (1719).

Noailles, que en otro tiempo había recomendado vivamente el libro de Quesnel y había llegado a ser arzobispo de París, resucitó luego el caso de conciencia. Se trataba de saber si se podía negar la absolución a un eclesiástico que había suscrito a la condena de cinco proposiciones en todos los sentidos en que las había entendido la Iglesia, por el solo motivo de que, según su opinión, bastaba un silencio respetuoso en la cuestión de hecho; o si se veía obligado a profesar creencias como eran espresadas en las últimas constituciones. Cuarenta teólogos sostenían que bastaba aquel respetuoso silencio; se recurrió a Roma, y su contestación fué que «El silencio respetuoso no es suficiente deferencia a las constituciones apostólicas.» (*Vincam Domini Sabaoth.*) Entonces se exigió una adición escrita a este decreto, y las monjas de Port-Royal suscribieron a ella con la cláusula de que no por eso creían derogar los artículos de la paz consentidos por Clemente IX.

Hubo entonces nuevos rigores y nueva excomunicación: no bastó el *silencio respetuoso*; todos los recursos del foro y de la escuela se pusieron por obra; disputóse el terreno palmo a palmo, y siempre con cierto aire de docilidad. Luis XIV era en aquella época más devoto que nunca, y se le había sabido inspirar grande aversión hacia los jansenistas (1709): fácil fué, pues, obtener la supresión del monasterio; y aquella larga cuestión se decidió por los agentes de policía. El marqués de Argenson, a la cabeza de su caballería, fué a instalarse en Port-Royal des Champs, y presentó la orden de destierro a las monjas, a las que sacaron de allí como a mujeres de mala vida (32). Cada vez que una de ellas subía al carruaje, la población de los alrededores que había instruido y socorrido, gemía y se indignaba, pero en vano. Fueron conducidas a una prisión, algunas de edad de ochenta años, otras achacosas ó enfermas. Hubo algunas que resistieron dos años, sin libros, sin consuelos religiosos: la mayor parte murieron sin absolución, y no fueron enterradas en sagrado. Como su antiguo asilo, que continuaba siendo un lugar de veneración (1710), llegase a ser el objeto de piadosas peregrinaciones, se le envió a destruir por soldados ebrios, que derribaron las celdas, destruyeron los sepúlcros, dispersaron los huesos y no quedaron más que los campos del rededor, que los solitarios habían cultivado y embellecido.

Bula «Unigenitus», 1713.—Solicitada Roma de continuo por Luis XIV, pronunció una sentencia

(32) «Como se arrebató a mujeres públicas de un lugar de perdición.» SAINT-SIMON.

formal contra Quesnel, en la que condenó ciento y una proposiciones en la bula *Unigenitus*, prohibiendo las *Reflexiones morales* y todos los libros que se publicasen en su defensa.

No parecía que el jansenismo, condenado en tantas proposiciones, pudiese reanimarse. Sin embargo, se clamó contra una bula que la condescendencia había dictado, de la que el papa había prometido mandar la minuta antes de publicarla, y de la que se había quitado toda fórmula que pudiese desagradar al rey ó al clero galicano. El arzobispo de París se negó á aceptarla, afectando una ridícula neutralidad entre Quesnel y el papa. Unos la reconocieron, otros se negaron á prestarle su adhesión; la Sorbona, después de haberla admitido, la desechó. No hubo casa ni conversacion particular en la que no se ocupasen de la bula *Unigenitus*; las escuelas, los capítulos y las familias estaban divididos. Luis XIV era viejo, y no se le obedecía ya con puntualidad. Tal vez en su lecho de muerte concibió algunos escrúpulos, pues decía á sus confesores: «Si me habeis engañado, habeis cometido una gran falta, porque he obrado de buena fe y procurado con sinceridad la paz de la Iglesia.» Cuando murió, el duque de Orleans, que había sido nombrado regente y tenía inclinación á los jansenistas, llamó á los que se encontraban desterrados y les concedió obispados. Enorgullecieronse, se hicieron perseguidores y apelaron al papa mejor informado y al futuro concilio (1718). Clemente XI condenó la apelacion (*Pastoralis officii*), y á todo el que no admitiese la bula *Unigenitus*; pero fué suprimido el breve por el parlamento, como contrario á las libertades galicanas. Noailles, en union de la Sorbona y de la magistratura, constante protectora del jansenismo, apeló al concilio. Cansado el regente de los debates, que hubieran incomodado sus alegres cenas, prohibió imprimir ninguna controversia con respecto á este asunto; pero era imposible obtener silencio. Cuarenta obispos firmaron un *Sumario de doctrina* redactado por Noailles, en que todos los puntos discutidos se defendian contra la bula *Unigenitus*, con ayuda de pruebas; pero Noailles se retractó antes de morir, y se retiró al monte Valeriano para interrogar allí con la oracion la voluntad del cielo. Dispuso el regente (1720) que la bula esplicada por una pastoral del obispo de Rohan fuese aceptada por todos, prohibiendo enseñar otra doctrina, aboliendo la apelacion é impidiendo aplicar los nombres de innovadores, herejes, jansenistas ú otros semejantes. Todos los obispos consultados aprobaron la bula, más ó menos esplicitamente; pero los apelantes se refugiaron en una distincion entre la iglesia dispersa y la iglesia reunida, diciendo que la primera no era infalible.

Continuaba, pues, la guerra entre los aceptantes y los apelantes, y no entraremos en el detalle de las maniobras empleadas por una y otra parte, en atencion á que los partidos adoptan siempre el mismo método cuando quieren destruir á sus ad-

versarios; no consideran los medios. Como gran número de sacerdotes se encontraban entonces en entredicho, tenía que diferenciarse entre el director espiritual y el confesor, lo cual fué un nuevo embarazo para las conciencias. Habiéndose negado á someterse Soanen, obispo de Senez, octogenario respetable y ardiente jansenista, fué suspendido y desterrado. Vivió hasta la edad de noventa y tres años, persistiendo en su oposicion y obteniendo una especie de culto de sus partidarios que le llamaban el *prisionero de Jesucristo*. Otro jansenista, Francisco París, diácono de San Medardo de París, quiso entonces hacer resucitar á Port-Royal en el arrabal más pobre de la capital, formarse allí una soledad como la Trapa, y no acercarse á los sacramentos sino cuando se sintiese lleno de un celoso fervor; permaneció, en su consecuencia, años sin hacerlo, y al recibir el Viático, protestaba contra la bula. Cuando murió por las maceraciones que imponia á su cuerpo, llegó á ser el representante, el mártir de la causa que había sostenido. Estendióse la noticia de que su sepulcro hacia milagros; baldados habían andado, había curado á enfermos, y al acercarse á aquel sepulcro, personas de ambos sexos eran atacadas de convulsiones, maldecian la bula *Unigenitus* y obtenian su curacion. Esto pasaba en el París del duque de Orleans y de Voltaire, y las personas que se burlaban de los milagros de los jesuitas en las Indias creian en éstos. El gobierno tuvo que hacer cerrar el cementerio en que se renovaban aquellas escenas, y las curaciones y milagros se aumentaron (33).

La cuestion del jansenismo se prolongó aun mucho tiempo, pero tranquilamente y en el seno de las escuelas, de las que no debía nunca haber salido, y de las que en efecto no hubiera salido si no hubiese sido por la oposicion de los que quisieron explotarla para adquirir poder. Los jansenistas, cuya pasion principal se había reducido al odio que les inspiraban los jesuitas, tenían una caja particular administrada con el desinterés propio de las sectas oprimidas. Pensaron en establecerse en una pequeña isla del Holstein, y después en la América con Penn; pero la Holanda les ofreció la «libertad de negar la libertad del hombre;» y había en 1761, sólo en la ciudad de Amsterdam, seis iglesias y seis mil jansenistas.

Estas diferencias, que revelan una época de gran actividad sin ocupacion y de grandes ocios, pueden inspirar algun interés á los que consideran en ella el único refugio de la libertad de discusion bajo el rey más absoluto, cuyo despotismo no hubiera tolerado bajo otra forma el debate y la opo-

(33) Fijóse entonces este distico en la puerta del cementerio de San Medardo:

De órden del rey se prohíbe á Dios
hacer milagros en este sitio.

sicion (34). Los pensadores considerarán en ella una opinion media entre el catolicismo, el protestantismo y la filosofia, que resistiendo en la política y atacando á una moral relajada, ayudó á la renovacion moderna, y resucitó la vida práctica por la reprobacion del idealismo. Aquella sociedad

(34) Bergier, que no era ciertamente amigo de los jansenistas, termina el artículo que les concierne diciendo, que se castigaba en ellos, no sus opiniones, sino su insolente y sediciosa conducta.

de hombres reunidos por la fe y por una abnegacion generosa en una época en que no había más que asociaciones temporales, de interés y ambicion, escita las simpatias como un episodio del siglo x en medio del de Luis XIV. En el dia que ha cesado la importancia práctica del jansenismo, se ha apreciado mejor su objeto, y el historiador considera en él uno de aquellos numerosos pasos de que no queda ninguna huella, pero que han hecho adelantar á la humanidad, los hombres de Estado le creen el principio de la resistencia parlamentaria que preparó la Revolucion.